

## El Psicoanálisis

Por HONORIO F. DELGADO.

Interno del Asilo-Colonia de la Magdalena.

*«Lo incoherente es el enigma  
que ofrece sus problemas a la  
psicología.»*

HARALD HOPFDING,

La Pensée Humain, 1911, p. 28.

Un desacertado y lamentable exclusivismo había impedido tomar carta de ciudadanía como ciencia a la psiquiatría del siglo pasado. De una parte, tratándose de las neurosis, que siendo más o menos reconocidas como productos de la actividad psicológica, no se buscaba su porqué, su coherencia, su causalidad, en su propia esfera, como se hace en la ciencia con todo género de fenómenos, sino que se las consideraba como faltas de todo significado psicológico. El problema se había resuelto por la negativa, o mejor dicho, se daba por no existente. Los síntomas de la histeria no eran en esa época precientífica más que el fruto de una imaginación incongruente. De otra parte, respecto a la psicosis, el entusiasmo que despertaran las hazañas del método anatomopatológico, sobre todo con el descubrimiento de ciertas localizaciones cerebrales, fué causa de que, sin mayor exámen, se aceptase la concepción somatógena como única vía posible en el estudio de las psicosis. El tiempo se ha encargado de demostrar su esterilidad. Mal podía, en efecto, deducirse la fórmula científica de fenómenos que perteneciendo a la escala psicopatológica, se evaluaban en la escala cerebropática. Se pensaba que porque los trastornos psicóticos se acompañan a veces de alteraciones cerebrales, éstas solas son las que se debe te-

mar en cuenta, sin preocuparse de los fenómenos mentales en tanto que mentales; o mirándolos como hechos accidentales e insignificantes. La constatación de alteraciones histológicas en el cerebro de ciertos psicópatas hizo admitir, pues, como apodíctico el principio de que la causa de toda psicosis es una lesión, y no que la actividad psicótica es primitiva, siquiera en algunas formas.

El profesor PIERRE JANET—que se ha dado cuenta de que si se quiere hacer avanzar a la psiquiatría en una vía fecunda y crearle una esfera realmente propia, es menester abandonar el método exclusivamente anatómico—ha sido el primero que ha estudiado la neurosis sobre una base verdaderamente científica, reconociendo su sintomatología como producto animado de significación psicológica. Por lo demás, la doctrina janetiana se reciente de intelectualismo y estatismo, lo que no resta a su autor el mérito de haber dado el primer paso decisivo en este terreno.

En el dominio de la psicosis, KRAEPELIN, con la práctica del método descriptivo y de observación sistemática, ha contribuido también al cambio de criterio en patología mental; aunque, por otro lado, ha sido un factor retardatario de la nueva orientación. (KRAEPELIN y casi todos los psiquiatras alemanes han hecho una guerra silenciosa al psicoanálisis)

Pero es sobre todo SIGMUND FREUD, profesor de la Universidad de Viena, quien, con la introducción del método psicológico en la investigación clínica—sin olvidar el lado físico—, ha sacado a la psiquiatría del atolladero en que se hallaba, y ha desentrañado la ley interna de los fenómenos psicopáticos. En efecto, gracias a sus investigaciones, tan laboriosas y pacientes como profricas hoy tenemos, no sólo la explicación del mecanismo de las neurosis y una técnica segura para la curación de muchos casos graves, sino que también su método nos da la clave de la producción de ciertas psicosis, y su curabilidad en determinadas condiciones: lo que nunca consiguió la psiquiatría tradicional. Respecto a este último punto, sería injusto no unir al nombre de FREUD el de su discípulo C. G. JUNG, de Zurich, cuya contribución al estudio de la psicogénesis y de la psicoterapia de las psicosis es muy apreciable.

La apreciación que de los fenómenos patopsicológicos ha hecho FREUD, fiel al método de BACON y de DESCARTES—única garantía sólida de la verdad en la investigación—le ha conducido a formular algunas teorías, corroboradas y perfeccionadas por la experiencia de varios psiquiatras, que hoy forman su escuela; el conjunto de las cuales constituye el *Psicoanálisis*.

La nueva disciplina, por la naturaleza de las verdades que ha descubierto, y por la gran preparación psicológica que requiere su

ejercicio, ha encontrado mucha resistencia para su adopción en la práctica de la especialidad, y aún para su simple estudio. Es así que en los países de raza latina, cuando no es por completo ignorada, es muy mal conocida, salvo excepciones que pueden contarse.

Nosotros, conscientes de la importancia científica y práctica del psicoanálisis, que venimos estudiando desde hace algunos años, y emancipados de todo prejuicio que en materia de conocimiento pueda obliterar la neutralidad sentimental, intentamos hacer en estas páginas un esbozo de su armazón doctrinal y de sus aplicaciones terapéuticas.

La etimología del psicoanálisis lo define bien como técnica, pues en realidad consiste en hacer el estudio minucioso de todos los elementos de la personalidad del enfermo, para descubrirle y revelarle los acontecimientos patógenos, con lo cual se consigue la desaparición de los síntomas; por sus resultados es, por el contrario, sintético, pues nos da a conocer la existencia de una continuidad histórica unitaria en la vida mental del sujeto, regida por riguroso determinismo, y en la que las neurosis y las psicosis funcionales son sus formaciones defensivas mal adaptadas a la realidad. En una palabra, el psicoanálisis, que en la práctica es analítico, encarna al mismo tiempo una psicología dinámica integral.

\* \* \*

En el capítulo I de este trabajo, estudiaremos la ontogenia del instinto sexual y la formación y contenido de la subconsciencia según la concepción psicoanalítica; lo que nos permitirá comprender el mecanismo de las neurosis y de ciertas psicosis, cuya exposición se consigna en el capítulo II, y de su tratamiento, cuya técnica sintetizamos en el capítulo III. Además, si es cierto que los resultados obtenidos son definitivos y hacen irreprochable el método, no sucede lo mismo con las doctrinas de FREUD; por lo cual dedicamos un capítulo especial a su crítica y a las modificaciones sugeridas. En ese último capítulo también contribuimos con un intento sincrético de interpretación de la psicodinámica.

No sorprenda la falta de la tradicional serie de «historias clínicas» al final de la tesis. La lectura de ella dará el porqué de tal omisión. Por lo demás, como lo ha dicho el gran maestro LEONARDO DA VINCI, *«quelli che s'innamoran di pratica senza scienza, sono come il nocchiero ch'entra in navilio senza timone e bussola; sempre la pratica dev'esser edificata sopra la bona teorica»*.

## I

La investigación de los orígenes de la homosexualidad ha conducido a FREUD a la aserción de que es isostenible la asexualidad del niño; que las funciones sexuales no se instalan de golpe en la pubertad; que el individuo tiene vida sexual desde el nacimiento; que la naturaleza de la sexualidad infantil es diferente de la normal del adulto; que la infantil tiene en germen todos los elementos de la normal y de la pervertida del adulto.

Es de suma importancia que profundicemos algo estos conceptos, pues es grande su trascendencia. La investigación psicoanalítica de la vida sexual de los «neurópatas» (víctimas de las neurosis) y la observación directa de los niños, han permitido a FREUD deducir que el desconocimiento de la actividad sexual primitiva obedece a una amnesia de las impresiones infantiles. «Parece cierto, dice nuestro autor, que el recién nacido aporta consigo los gérmenes de sentimientos sexuales que siguen desarrollándose por algún tiempo y luego sucumben por una supresión progresiva, la cual a su vez es interrumpida completamente por el progreso propio del desarrollo sexual, el cual puede ser refrenado por idiosincrasias individuales. Nada se conoce de lo concerniente a las leyes y periodicidad de este curso oscilatorio del desarrollo. Parece, no obstante, que la vida sexual del niño manifiesta su máximum a los 3 ó 4 años en forma accesible a la observación». (1)

El carácter del placer sexual infantil es no ser definido ni independiente de las demás actividades biológicas del individuo, sino que está ligado a sus funciones somáticas de nutrición, excreción y tal vez a la actividad quinética y sensorial. Además, para que el goce sexual tenga lugar, no es necesario que la impulsión se dirija a otra persona, como en el adulto. El niño, en cierta época, encuentra en sí mismo la fuente del placer, no requiere objeto de deseo, es *autoerótico*, y «de la misma manera que más tarde, en las condiciones del deseo sexual, no son solamente los órganos sexuales de la persona amada, sino todo su cuerpo lo que constituye el objeto sexual, lo mismo desde el origen, no solamente los órganos genitales, sino también las diferentes partes del cuerpo, son los centros de una excitación sexual, la cual con un estímulo apropiado, provoca sensaciones de voluptuosidad». (2)

Otro de los caracteres de la sexualidad primaria es que está formada por actividades elementales, instintos parciales, que tie-

(1) FREUD, *Three Contributions to the Theory of Sex* 2a, Ed, New York, 1916, p. 40.

(2) FREUD, *Das Interesse an der Psychoanalyse Zweiter Teil: Ihr Interesse für die mehr Psychologischen Wissenschaften*, «Scientia», XIV, XXXII, 1913, p. 374.

nen por abstracto principal determinadas regiones irritables de la superficie cutánea y mucosa del organismo, las *zonas erógenas*, cuya excitación genera el impulso sexual, que se satisface con la eliminación del mismo estímulo orgánico. Las zonas erógenas radican principalmente en los contornos de las aberturas naturales, como la boca, el ano, el pene o el clitoris, etc. La génesis del deseo está en que una vez experimentado el goce por el estímulo de una zona, el individuo queda en un estado de creciente tensión emocional, que causa desplacer, mientras no es tocada la zona: esta tensión se proyecta a la inervación periférica bajo la forma de escozor en la zona erógena; estado que cesa con un nuevo estímulo de esa zona, para que se repita otra vez, con el goce consiguiente a la eliminación de la tensión engendrada durante el reposo.

El placer causado por la excitación de las zonas erógenas no pone fin total a la tensión sexual, por el contrario, la aumenta como capacidad, y este aumento es a la larga la causa del despertar de otros mecanismos de descarga, que son los de la madurez genital, que ponen fin a la tensión por el acto del coito. El placer sexual infantil es, pues, a la vez, fin y medio: fin como satisfacción erógena actual; medio, como que prepara las funciones sexuales del porvenir, de la madurez genital. El placer sexual infantil resulta ser sólo un *preplacer* o *anteplacer*, en tanto que en el adulto existe este anteplacer como premonitorio del *placer-fin*.

Hay, naturalmente, procesos orgánicos que realizan normal y rítmicamente el papel de excitantes erógenos. Así, la actividad sexual de la zona labial es alimentada por la función de nutrición en su primera fase: la de succión; la de la zona anal, lo es por la defecación; la de la zona propiamente genital es la micción. Pero, como la tensión sexual se acumula, y el deseo tiene por carácter fundamental tender a su propia satisfacción, con frecuencia obliga al individuo a estimular deliberadamente las zonas por acciones verdaderamente masturbatorias; excita la zona labial, por ejemplo, succionando los dedos: maniobra que no es condicionada, como vulgarmente se cree, por el deseo de alimento, pues, aparte de que se realiza aun cuando el niño no necesita alimento, está vinculada con otras maniobras que conducen al orgasmo, como fricciones del pecho y de los órganos genitales; la anal es excitada por la retención del bolo fecal (causa frecuente de muchas constipaciones, puramente psicógenas, en los niños y en los neurópatas, como lo comprueba la clínica); la genital, por roces manuales y compresión por la aducción de los muslos; etc.

Hemos dicho ya que el instinto sexual comporta varios componentes o impulsiones parciales, que originariamente tienen sus

zonas correspondientes y que más tarde, al pasar de la fase de autoerotismo a la de actividad sexual con objeto de deseo, también se manifiestan. La particularidad de estas impulsiones parciales es que son funciones polares, *ambivalentes* o de doble cualidad: activa y pasiva; es así que la homosexualidad y la heterosexualidad no son ontogenéticamente independientes, sino que forman un par elemental unívoco; también el sadismo y el masoquismo son el aspecto activo y pasivo, respectivamente, del placer de causar dolor; y, asimismo, el placer de mirar los órganos sexuales y el exhibicionismo, forman un par sexual en el que el primero es activo y el otro es pasivo.

Siguiendo con la historia de la sexualidad, hambre sexual o *libido*, como se designa en la literatura analítica, tenemos que, aún dentro de la época pregenital, se realiza el pasaje de la fase de autoerotismo a la de sexualidad con objeto de deseo. Este objeto es en un principio el propio cuerpo del individuo; es decir que entonces el niño se ama así mismo, como Narciso de la leyenda, lo que ha valido a este período del desarrollo del libido el nombre de *narcisismo*. Pero el narcisismo no es sino un estado transitorio, que prepara la última etapa de la evolución del libido, la que requiere objeto de deseo extraño al propio sujeto, o sea, en otra persona. Por lo demás, estas divisiones no son nada precisas, pues ya en el primer estado hay por lo menos esbozos de las tendencias que ulteriormente serán exclusivas. Es así que refiriéndose FREUD a aquel estado, dice: «Debemos admitir, no obstante, que la vida sexual infantil, aunque principalmente bajo el control de las zonas *erógenas*, también manifiesta componentes en los cuales desde el comienzo otras personas son miradas como objetos sexuales.» (1) De otro modo no se explicaría tampoco la existencia de impulsos parciales en la fase de autoerotismo, pues requieren segunda persona.

El primero de los objetos de deseo ajenos al niño, es la persona que más relación tiene con él, la madre, la nodriza, la hermana, etc. Por lo que respecta al signo o clase del sexo, cualquiera de los dos es lo mismo en un principio; pues el niño, cuyo sexo tampoco es definido psicológicamente, no busca más que objeto, de cualquier signo que sea. Después, como los sexos comienzan a definirse, entonces los niños aman a personas de sexo opuesto al suyo: si es varón, ama a su madre, y si mujer, a su padre. Pero la cosa no queda aquí: sino que el niño reclama la exclusividad en el objeto de su libido, y, por consiguiente, nacen en él sentimientos de riva-

---

(1) FREUD, *Three Contributions to the Theory of Sex*, p. 53.

lidad para el progenitor del propio sexo. Tal situación psicológica se conoce con el apropiado nombre de *complejo de Edipo*, en el hombre, y de *Electra*, en la mujer, por su concordancia con el leitmotiv de las tragedias de SOFOCLES, cuyos temas no pueden considerarse como meros productos del azar, sino como retratos de la realidad vivida: como un deseo de la infancia realizado. (1) Por *complejo* se entiende en el lenguaje psicoanalítico todo sistema de ideas ligadas por una fuerte carga efectiva.

A la edad de 5 años, o antes, la actividad sexual entra en un período de latencia, que se prolonga hasta la pubertad, época de la vida en que se manifiesta con caracteres verdaderamente genitales en el individuo normal. Pero durante el lapso de latencia, no deja de producirse la excitación sexual; lo que pasa es que la energía que nace de ella se deriva en procesos no sexuales: se gasta bajo la forma de sentimientos sociales. Antes de ocuparnos de las causas exógenas y endógenas que determinan la inhibición del libido, queremos encarar la cuestión del proceso involutivo de sus actividades elementales, y señalar las vicisitudes posibles en caso de no realizarse aquella de manera completa.

Los componentes sexuales primitivos, poco a poco van perdiendo su actividad, salvo el de la zona genital, que la vá aumentando *pari passu*: se realiza pues, un proceso de verdadera concentración en la zona antedicha. En la mujer, hay además un desplazamiento de la zona erógena principal, del clítoris a la vagina, requisito indispensable para la adquisición del carácter femenino del sexo, pues antes de que tal suceda, es en buena parte masculino. Este cambio de sexo en la mujer es un hecho de gran significación, pues implica una complicación mayor y, por consiguiente, una dificultad más en la evolución del libido; lo que nos da la clave de la mayor frecuencia de la histeria en las personas pertenecientes a sexo en que tiene lugar tal cambio.

El dominio exclusivo de la zona genital, la que será útil para los fines de la reproducción, después de la pubertad, significa, pues, la formación de una sexualidad normal. Por el contrario, cuando la constitución sexual pregenital, que es, como hemos visto, el conjunto de todos los equilibrios sexuales posibles—es, para usar la expresión freudiana, de una *perversidad polimorfa*—, cuando no sufre las modificaciones involutivas en sus elementos no genitales, tienen lugar las perversiones, y por eso se consideran, según el con-

(1) De la creación de SOFOCLES, como de los orígenes etnicopsicológicos de los diferentes factores que estudia el psicoanálisis, tratamos en un trabajo aparte, que es el complemento obligado de esta tesis: *El Psicoanálisis en sus aplicaciones extrapsiquiátricas*, que próximamente aparecerá en la «Revista Universitaria».

cepto psicoanalítico, como supervivencias, y no como formaciones nuevas, que por ende, serían inexplicables satisfactoriamente.

Así, por una anomalía del desarrollo psicosexual, puede quedar fijado cualquiera de los elementos: el de la succión de la zona labial, el anal, el vesical, etc. Aunque no quisiéramos descender de las ideas generales, señalaremos un ejemplo, muy interesante, del primer caso, que es raro, que tomamos de A. A. BRILL; aparte de esto, quién quiera conocer las pruebas clínicas que refuerzan las teorías freudianas, puede ocurrir a las fuentes: los casos clásicos son el del niño Hans, de FREUD (1), y el de la pequeña Anna, de JUNG. (2)

El caso a que aludimos de fijación del componente de la succión, lo relata el autor citado así: «Conozco una viuda de 35 años, quién, a despecho de grandes esfuerzos para perder el hábito, se chupa el dedo pulgar hasta que se casa a los 25 años; con la viudez retorna la perversión» (3). Indudablemente que aquí se trata de una manifestación sexual autoerótica que fué innecesaria durante la vida conyugal por realizarse la satisfacción venerea normal.

La fijación de las fases de narcisismo y de la situación de Edipo, también implica una perversión: la homosexualidad.

La supresión del libido en el período de la latencia se debe a la acción de la educación, que impone la *represión* de tales tendencias, que son incompatibles con la civilización; pues ésta, en sus albores, como primera medida restrictiva, erige una barrera al incesto. El proceso de represión no es puramente actual, porque, como se ha realizado a través de infinidad de generaciones, ha llegado a ser en buena parte cuestión de organización hereditaria, independiente de la cultura del medio en que crece el niño.

Gracias a la represión, las impresiones primitivas, que conservan su energía, la transfieren a tendencias o formaciones psicológicas que no guardan nada de su inmoralidad primitiva: en esto consiste el proceso de *sublimación*. Sucede también que las impulsiones sexuales son suprimidas por la acción directa y opuesta de superestructuras psicológicas, de acuerdo con las normas sociales: como el asco, la vergüenza, etc.: *formaciones reactivas*, que a veces pueden ser de tal intensidad que impulsan al individuo más o menos oscuramente a la anulación del sexo, a la autocastración mental, que, persistiendo después de la pubertad, es causa de impotencia

(1) FREUD, *Analyse der Phobie eines 5-jährigen Knaben*, «Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen», 1, 2, 1909

(2) JUNG, *Experiences concerning the Psychic Life of the Child*, «Collected Papers on Analytical Psychology», London, 1916.

(3) BRILL, *Psychoanalysis, Its Theories and Practical Applications*, 2a. Ed. Philadelphia, 1914, p. 21-22.

psicosexual.

Así como las perversiones sexuales emanan de la insuficiente atrofia de las tendencias libidinosas infantiles, así las neurosis proceden del exceso de represión de las mismas tendencias; por eso ha dicho FREUD que «la neurosis es el negativo de la perversión» (1); sin que esto quiera decir que la tendencia madre de la perversión haya sido débil; pues bien puede suceder que una perversión, después, por la acción avasalladora de la represión, se trueque en una neurosis,

Infinidad de causas incidentales pueden también dar lugar a trastornos de la vida psicosexual que tengan por consecuencia la regresión de una impulsión primitiva, ya inhibida.

Mil causas condicionan el desarrollo psicosexual del niño; la formación de su carácter depende de la alquimia de su primera sexualidad. La misma ternura y exceso de solicitud de los padres es peligrosa para el niño, pues favorece la fijación del complejo de Edipo. Por estas ligeras y fragmentarias indicaciones se puede juzgar la importancia del libido infantil en el porvenir del sujeto, y por eso no conceptuamos exagerada la sentencia de JUNG: «En esencia, el destino de nuestra vida es idéntico con el destino de nuestra sexualidad.» (2)

La represión del libido implica un proceso de desarmonía entre los elementos de la personalidad del niño; un conflicto entre tendencias que son incompatibles, cuyo resultado final es la hegemonía aparente de las de origen social, que eclipsan a los instintos sensuales; que eclipsan, solamente, pues la poderosa «voluntad de la especie» es imperecedera. No se anonada, en realidad, el libido, sólo se sustrae a la luz de la conciencia; y, no porque mora debajo de su umbral, deja de gobernar la imaginación y la conducta del individuo: lo hace, aunque con disimulo, pero sin tregua. Es pues, que el conflicto no termina con la represión de la constelación psicológica infantil, sino que perdura en un plano diferente: entre la conciencia y la subconciencia. Como al individuo sólo le es accesible uno de los sistemas rivales, el de la conciencia, no se puede dar cuenta de la lucha. Esta, sin embargo, en ciertas condiciones, es ventajosa para la subconciencia, pues el guardián que impide el acceso a la conciencia de los elementos reprimidos, o sea la *censura*, es a veces menos inflexible que el Cerbero: tal sucede durante el sueño.

En los sueños es en verdad donde más se revela el trabajo pro-

(1) FREUD, *Three Contributions to the Theory of Sex*, p. 29.

(2) JUNG, *The significance of the father*, «Collected Papers on Analytical Psychology», p. 172.

fundo de la psiquis: cuyo descubrimiento es la más valiosa contribución de FREUD al progreso del saber humano. El ha descubierto las leyes a que está supeditado el fenómeno onírico; siguiendo distinto camino que los magos y astrólogos de otrora, ha revelado su misterio, hasta entonces insondable, pero para todos evidente, y ha formulado las reglas para precisar su significado. Los procedimientos que emplea el onírocrita vienés, en su labor de exégesis, son rigurosamente científicos, basados en el estudio comparativo y genético, no solamente del material onírico, sino también de toda la historia del soñador.

Veamos pues cual es, esquemáticamente, el mecanismo de la vida de los sueños. Cuando cesan las sollicitaciones de la vida mental de adaptación, o mejor dicho: cuando la función del sueño libra a la subconsciencia de la acción interferente del mundo exterior, instálense entonces procesos representativos de actos que son la consumación de deseos no satisfechos o reprimidos. Su paradigma es el procedimiento que emplea la imaginación infantil cuando la falta de satisfacción objetiva de una necesidad la obliga a realizarla alucinatoriamente.

La ininteligibilidad de los sueños no es sino aparente: detrás de las escenas incoherentes y complicadas de su fantasmagoría, se oculta una idea clara, una intención definida. El ensueño, tal como lo percibe el soñador, es simplemente su *substancia manifiesta*, sin valor psicológico en sí; en tanto que el contenido inteligible, lógico, o sean las ideas que sirven de leitmotiv en la *mise en scene*, constituye el *contenido latente*; el proceso por el cual se convierten las ideas latentes en *substancia manifiesta*, constituye el *trabajo onírico*, que es precisamente inverso al que tiene que realizar el onírocrita al efectuar el análisis. El mecanismo del trabajo onírico, los cambios ocurridos, que obedecen al principio de la censura, cuya presión no deja totalmente de ejercerse durante el sueño, denota la existencia de los procesos de *dramatización*, *condensación* y *desplazamiento*, que son la causa eficiente de la obscuridad y caos aparente del ensueño. Por virtud del primero de los procesos señalados, se truecan en alucinaciones los pensamientos del contenido latente; gracias a la condensación, se fusionan, se superponen, varias imágenes, que, no obstante su ostensible desemejanza, tienen un parentesco psicológico, y la combinación de sus elementos encarna una intención que es del mayor valor para el psicoanalista; por último, debido al desplazamiento, las imágenes y escenas oníricas que tienen escasa significación en el contenido latente, se exhiben en la *substancia manifiesta* como las más importantes: lo que equivale a decir que en virtud de esta acción se transmutan los va-

lores psicológicos, robando intensidad, viveza y tono emocional, elementos que realmente son pobres en significado y representación recónditos.

Además de la acción deformadora del trabajo onírico, en la reproducción *in mente*, durante la vigilia, o en el relato de los sueños a segunda persona, tiene lugar otro proceso: la *elaboración secundaria*, que los desnaturaliza aún más, de suerte que la acción de la censura sobre el ensueño de la noche no se limita al momento de su formación, no termina al despertar.

Fácil es comprender la índole principal de los deseos que por acción de la censura se realizan disimuladamente durante el sueño. Hemos dicho ya que las tendencias que más repugnan a la conciencia son las de origen sexual. Fuera de los sueños ingenuos de tipo infantil, que son la simple visión de una hazaña o acontecimiento clara y completamente realizado, que nace de una inocente posibilidad halagueña concebida en la vigilia, la gran mayoría son la satisfacción de impulsos eróticos, y que generalmente desde la niñez aguardan, en el refugio de la subconsciencia, el momento propicio a su eclosión. «El deseo consciente, dice FREUD, llega a ser incitador de ensueños solamente cuando consigue despertar en la subconsciencia uno similar que lo refuerce». (1)

Visto sintéticamente el trabajo de elaboración del sueño: la dramatización, la condensación y el desplazamiento, se reduce a simples aspectos de un proceso único, la *simbolización*, que no es exclusiva de los ensueños, pues es también el *modus faciendi* de las neurosis, de las psicosis funcionales, y en general de toda la actividad subconsciente en su conflicto eterno con la represión. «Si el ensueño que es la expresión de algún deseo erótico, lo logra haciendo aparecer como inocentemente asexual, ello le es posible sólo por una vía. La materia de estas presentaciones sexuales no puede ser percibida como tal, sino que debe ser reemplazada por alusiones, sugerencias y medios indirectos similares; a diferencia de otros casos de presentación indirecta, los usados en los ensueños deben ser privados de relación directa. Los medios de representación que corresponden a estas necesidades son comunmente llamados «símbolos». Un interés especial se ha puesto en ellos desde que se ha observado que los soñadores de la misma habla usan símbolos semejantes—es verdad que en ciertos casos la comunidad de símbolos es más grande que la comunidad del lenguaje. Puesto que los soñadores no conocen ellos mismos el significado de los símbolos

(1) FREUD, *The Interpretation of Dreams*, 3a. Ed, London, New York, 1916, p. 438.

que usan, les resulta un embrollo la cuestión de la relación de éstos con lo que reemplazan o denotan. El hecho mismo es indudable y llega a ser de importancia para la técnica de la interpretación de los sueños, desde que con la ayuda del conocimiento de este simbolismo es posible entender la significación de los elementos de un sueño, o partes de un sueño, ocasionalmente el ensueño en totalidad, sin necesidad de preguntar al soñador nada respecto a sus ideas. Nos aproximamos de este modo a la idea popular de una interpretación de los ensueños, y, de otro lado, poseemos de nuevo la técnica de los antiguos, entre los cuales la interpretación de los ensueños fué idéntica con la explicación por medio de símbolos. (1)

Los símbolos de que habla FREUD no tienen de común con el objeto o el hecho que representan sino una semejanza remota, y sólo su génesis, en muchos casos, puede establecer el nexo, que es de naturaleza afectiva más que intelectual. La única base de relación entre la cosa o acción y su símbolo puede ser la existencia de una conexión asociativa incidental anterior, de cualquiera índole, que, cuando tuvo lugar, estableció una paridad eventual y transitoria en el pensamiento consciente, pero que sobrevive como secuela criptomnésica en la subconsciencia, hasta que ésta, cuando llega la ocasión, se sirve de ella y engaña a la censura presentándole sólo el miembro inocente del par asociativo, cuyo miembro retenido, no revelado, representa el verdadero objeto del deseo.

Primitivamente establece el niño semejanza entre su organismo y su ego endopsíquico, que es lo más importante para él, esto de una parte, y el mundo exterior, el fenomenismo del no-yo, de otra. Así se organizan símbolos que pueden ser de dos clases: *somáticos* y *funcionales*, según que representen plásticamente las formas corporales o los estados subjetivos. Durante buena parte de la vida infantil, el pensamiento es esencialmente antropomorfo y egocéntrico, por consiguiente, todas las cosas exteriores tienen sexo a los ojos del sujeto; esta pansexualización del universo es la causa de la riqueza de símbolos eróticos de que hacen gala el soñador y el neurópata. Se ha criticado el psicoanálisis porque según sus principios «la subconsciencia vé un pene en cada objeto convexo o una vagina o un ano en cada objeto cóncavo. Esta sentencia, sin embargo, caracteriza bien los hechos. La inteligencia del niño (y las tendencias de la subconsciencia que son las supervivencias de aquéllas en el adulto) se relaciona exclusivamente con su propio cuerpo, y después con la satisfacción de sus instintos,

---

(1) FREUD, *On Dreams*, London, 2a. Ed. 1912, p. 102-103.

con la satisfacción del placer de mamar, de comer, de los contactos con las regiones genitales, y el que le procuran las funciones de excreción; porque admirarse entonces, si su atención se fija también sobre todos aquellos objetos y procesos del mundo exterior que en el fondo conservan una semejanza que le recuerda sus más queridas experiencias»» (1)

La veracidad de la simbolización sexual no sólo se funda en el estudio comparativo del material de observación, que por sí sólo es apodíctico, sino que tiene su comprobación experimental. En efecto, si a un sujeto que ignore por completo las teorías psicoanalíticas, se le ordena, estando en estado hipnótico, que sueñe determinada aventura sexual, y al despertar se le pide una detallada relación de sus sueños, se verá que la substancia manifiesta no exhibe absolutamente nada que de una manera literal se relacione con el libido, pero sí que las imágenes y su secuencia corresponden indirectamente, siguiendo la leyes de la simbolización, a la aventura sugerida, como en los sueños no provocados. (Estas experiencias, que han sido realizadas por primera vez por KARL SCROTTER (2), son toda una prueba crucial.

El ensueño, que desempeña la función más elevada como protector del equilibrio psíquico, sirviendo de verdadera válvula de escape para las tendencias instintivas, que de ser completamente inexpresadas se harían patógenas, desempeña al mismo tiempo el papel de *guardian del sueño*: de manera que para que uno pueda dormir, es preciso que sueñe. Como esta función particular del ensueño no nos interesa directamente, dado el fin puramente psiquiátrico de este trabajo, la pasaremos por alto. (3)

Si es cierto que en la gente normal, durante los sueños se apaciguan los deseos de la subconciencia, con relativa libertad, por su satisfacción ilusoria, lo es también que no encarna el medio exclusivo de tal expresión: pues durante la vigilia se sueña también de manera no radicalmente diferente del onirismo nocturno. Es frecuente, en efecto, sobre todo en los adolescentes y en los neurópatas, soñar despiertos con hazañas en que el sujeto es el héroe triunfador y conquistador de corazones: estos sueños de día son en buena parte sustitutos psicológicos de la masturbación. Por otra parte, corrientemente, en momentos de relajamiento de la censura, se realizan ciertos actos descuidados, involuntarios, que

(1) FERENCZI S., *Stages in the development of the sense of reality*. «Contributions to Psycho-Analysis», Boston, 1916, p. 193.

(2) SCROTT R., *Experimentelle Traumc*. «Zentralblatt für Psychoanalyse», II, 1912 (RANK and SACHS, *The significance of Psychoanalysis for the Mental Sciences*, New York 1916, p. 22.

(3) La hemos expuesto en *El Psicoanálisis en sus aplicaciones extrapsiquiátricas*.

**FREUD** llama desfallecimientos (*Fehlleistungen*), que no son, como cree la psicología tradicional, productos negativos, sin labor constructiva de la actividad psicológica: son manifestaciones intencionadas, del mismo origen y con idéntico resultado que los sueños.

Así, pues, en la vida mental ordinaria hay infinidad de actos que sólo a la luz de las enseñanzas de la «psicología de las profundidades» se nos presentan como productos de causas efectivas. «Ciertas imperfecciones de nuestras aptitudes mentales—dice **FREUD**—y ciertos hechos aparentemente no intencionales dan prueba de ser bien motivados cuando se les somete a la investigación psicoanalítica, y son determinados en la conciencia por motivos desconocidos para ella» (1). El hecho más trivial, el olvido de los nombres propios, por ejemplo, obedece con mucha frecuencia a la intervención de la represión: en efecto, la circunstancia de que el nombre no recordado corresponda o sea simplemente parecido al de una persona que por algún motivo está relacionada con un episodio desagradable de nuestra historia, es razón suficiente para que la censura, ejerciendo su función esencial de evitar el placer, interfiera no dejándolo transponer el umbral de la conciencia. La sustitución de palabras, los *lapsus*, los equívocos en la pronunciación de las voces corrientes, como de las pertenecientes a lenguas extranjeras, el desorden en la construcción de las frases, y en general los errores al hablar, leer o escribir, en gran parte están supeditados a la misma contingencia: son productos del conflicto psíquico. Sucede, además, que las expresiones incorrectas, usadas por personas instruidas, son a veces la revelación involuntaria de deseos secretos. El mecanismo, pues, de tales fenómenos no es regido en la mayoría de los casos por leyes fonéticas, sino por determinantes historicopsicológicos.

De igual naturaleza son los olvidos de conocimientos y resoluciones: «nuestra torpeza frecuentemente no es más que el manto bajo el cual se disimulan nuestras intenciones secretas». (2)

Hay todavía otros hechos de la vida cotidiana que se explican por el psicoanálisis: de un lado, el afán de guardar objetos inútiles, de coleccionarlos, que sirve para calmar el deseo de posesión o de uso de algo que los objetos coleccionados simbolizan; o, si no se trata de determinada especie de objetos, sino de la manía de coleccionar todo, el fin de tal propensión es entonces, simplemente, tener una ocupación activa y constante de la inteligencia, para así evitar lo más posible el conflicto psíquico: por lo demás, este es un

(1) **FREUD**, *Psychopathology of Everyday Life*, 4a. Ed., New York, 1916, p. 277.

(2) **FREUD**, *Das Interesse an der Psychoanalyse*: Erster Teil: *Das Psychologische Interesse*, «Scientia» XIV, XXXI, 1913, p. 244.

expediente muy usado por la mente, y del cual sólo es un caso particular el citado. De otro lado, la pérdida deliberada, aunque inconsciente, de determinados objetos, se explica porque la desaparición sirve para hacer olvidar algo que trae a la memoria la vista o el uso de la cosa; o la pérdida significa sencillamente el medio interlope de conseguir un sustituto mejor o nuevo.

El chiste, el gracejo, lo cómico, son también maneras de expresar disimuladamente los complejos reprimidos. Por su uso, tanto el humorista, como el repetidor y los oyentes, logran expresar deseos particularmente eróticos, cuyo significado es enmascarado por los artificios de la forma, que son a veces tan complicados que confunden a la razón. El mecanismo por el cual la salacidad de la subconsciencia se transfigura en gracioso juego de palabras, que suscita sentimientos de placer, inocentes en apariencia, y que la conciencia tolera perfectamente, es complicado en su detalle; su estudio *a profundi* ha requerido de FREUD un tratado especial. (1). Según nuestro autor, el «anteplacer» ganado por el procedimiento señalado, es utilizado con el fin de poner en libertad mayor placer por la remoción de inhibiciones interiores. Los cambios que sufren los símbolos verbales en las psicogénesis del chiste, son muy semejantes a los que experimentan las imágenes de los sueños.

En suma, el psicoanálisis ha puesto en evidencia que hay en la psiquis un centro permanentemente afanado en intervenir en la vida mental del sujeto, la subconsciencia, en cuyas recónditeces existe activo el producto de la represión, o sean los complejos rechazados por la censura. Como la conciencia se defiende de estas entidades ocultas, por medio de la censura, resulta un estado de perpetua lucha: en ella triunfan los elementos superiores por medio de *formaciones reactivas*, cuando no se imponen lo inferiores, por *formaciones compensatorias*. Esta fórmula es valedera tanto para el estado hígido como para el estado mórbido de la mente.

(Continuad)



(1) FREUD, *Der Witz und sein Beziehung zum Unbewussten*, Leipzig, 1905.